

AGUSTÍN, PEREGRINO EN BUSCA DE LA FELICIDAD – 1ª Parte

La elección del nuevo papa, el agustino Robert F. Prevost, ha despertado un renovado interés por la figura y el pensamiento de san Agustín. Muchos son ahora los que se acercan a conocer la vida y mensaje de este gran pensador, santo y padre de la Iglesia buscando una respuesta a sus interrogantes vitales.

Nuestro interés se explica también porque, al igual que nosotros vivimos profundas transformaciones socioculturales que generan incertidumbre, Agustín hubo de afrontar desafíos semejantes en las postrimerías del Imperio romano. Otra circunstancia que nos acerca a Agustín es la afinidad del ambiente y clima mediterráneos que moldean una personalidad y estilo de vida caracterizado por la sensualidad de la naturaleza, las tertulias y comidas con familiares y amigos, juegos y contiendas al aire libre, etc. Esta forma de disfrutar, de convivir y de ser nos hace intuir la felicidad de la vida que deseamos sea eterna.

No es mi intención ofrecer en estas páginas una doctrina acabada sobre la espiritualidad de San Agustín, sino un esquema-itinerario inspirado en su experiencia vital que pueda ayudar a quienes deseen emprender su propia peregrinación espiritual en busca de la felicidad acompañados por él. Este es el motivo por el que abundan más sus palabras que las mías. Espero que, desde su felicidad eterna, Agustín sepa perdonar las limitaciones de estas páginas y ellas sean más de utilidad que de perjuicio para los que las leyeren.

Creo que *“Peregrino en busca de la felicidad”* es un concepto que, además de resumir la experiencia espiritual de Agustín, puede ser atractivo para los que hoy buscan el sentido de su vida. Cuando San Agustín escribe sus Confesiones tenía la intuición de que su itinerario vital pudiese orientar a otros peregrinos, no solo de su tiempo, sino de épocas posteriores: *“Este es el fruto de mis confesiones, no de lo que he sido, sino de lo que soy. Que yo confiese esto, no solamente delante de ti con secreta alegría mezclada de temor y con secreta tristeza mezclada de esperanza, sino también en los oídos de los creyentes hijos de los hombres, compañeros de mi gozo y consortes de mi mortalidad, ciudadanos míos y peregrinos conmigo, anteriores y posteriores y compañeros de mi vida.”* (Confesiones X, 4, 6).

“Peregrinar” en latín clásico se refería a la experiencia de viajeros que se aventuraban fuera de sus hogares caminando por campos desconocidos. Ya en tiempo de San Agustín el término evolucionó hacia el sentido religioso para indicar el progreso físico o espiritual hacia lugares santos. El *“peregrino”* denota una personalidad inquieta, curiosa y en constante búsqueda que, saliendo de su zona de confort, camina hacia una meta que dé sentido a su existencia: *“El Señor dijo a Abrán: ‘Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición.’* (Gn 12,1-3). Agustín utiliza con frecuencia en sus predicaciones y escritos los términos de esta familia semántica para significar el progreso espiritual en la búsqueda de la felicidad.

Iniciar una peregrinación supone, pues, tomar conciencia de una insatisfacción o inquietud del corazón y desear encontrar el sosiego, puesto que si la persona ya goza de la satisfacción donde se encuentra no se movería. Además de buscar una meta, más intuita que conocida, la persona debe

tener firme decisión de hacer el camino y la esperanza de llegar a ella, porque si falta uno de estos tres elementos, la peregrinación fracasará. En definitiva, para iniciar una peregrinación es necesario activar el corazón que reconoce con la inteligencia, decide con la libre voluntad y recuerda el objetivo en su memoria.

Agustín en su autoconocimiento descubre que todo corazón humano está movido por *“apetecer la vida feliz, el quererla, el desearla, ansiarla y buscarla es —pienso— común a todos los hombres. Por lo cual me parece que me quedé corto al decir que esta apetencia es común a filósofos y cristianos; debí decir más bien a todos los hombres, absolutamente a todos, buenos y malos. Pues, quien es bueno, lo es para ser feliz; y quien es malo no lo sería si no esperase que pueda ser feliz precisamente siendo malo.”* (Sermón 150, 4). Por tanto, la felicidad como meta de la peregrinación es clara, el problema no está en querer la meta, sino en el camino que lleva a ella: *“Ningún hombre yerra en cuanto desea la vida feliz. El error de cada uno consiste en que, confesando y proclamando que no desea otra cosa que llegar a la felicidad, no sigue, sin embargo, el camino de la vida que a ella conduce.”* (Libre albedrío II, 9, 25). Para ello se pregunta ¿quién es feliz? Y responde: *“Feliz, a mi juicio, no es el que no posee lo que ama, cualquiera que sea el objeto de su amor; ni el que posee lo que ama, si es nocivo; ni el que no ama lo que tiene, aunque sea muy bueno. Pues el que arde en deseos de lo que no puede conseguir, él mismo es su crucifixión; el que obtiene lo que no debiera amar, funestamente se engaña, y no está sano el que no desea lo que debiera conseguir. En ninguno de estos estados está el alma libre de miseria; y como la miseria y la felicidad no pueden estar juntas a la vez en el hombre, por eso en ninguno de éstos es feliz. Sólo queda una cuarta situación, en la que se puede dar la vida feliz, y es la producida por el amor y posesión del sumo bien del hombre. ¿Qué es gozar, sino tener la presencia de lo que amas? Nadie sin gozar del sumo bien del hombre es dichoso; y el que disfruta de él, ¿puede no serlo? Es preciso, pues, si queremos ser felices, la presencia en nosotros del sumo bien.”* (De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos I, 3, 4).

I. El camino de la felicidad de las bellezas a la Belleza.

Una vez definida la felicidad como meta universal del ser humano, podemos seguir las etapas concretas de la peregrinación agustiniana.

No es casualidad que su primer libro, escrito antes de su conversión y del cual conocemos su contenido porque lo refiere en las *Confesiones*, se titule *“Sobre lo bello y lo conveniente”*, en el que propone el camino de la belleza para alcanzar la felicidad. Después de su conversión, confirma su objetivo de buscar la felicidad con el libro *La vida feliz*, resultado de un diálogo desde el corazón con su familia y amigos en Casiciaco en el día de su cumpleaños. Por último, en su libro *Confesiones*, Agustín presenta su peregrinación espiritual hasta el encuentro con la Belleza, Felicidad plena.

1. Exterioridad: búsqueda de la felicidad con los sentidos.

El ser humano se encuentra desde su nacimiento inmerso en el mundo exterior. Es a través de la interacción con esta realidad por medio de los cinco sentidos corporales que inicia su peregrinación o crecimiento. En esta primera etapa de la vida de Agustín no se puede negar su alma mediterránea que busca la felicidad a través de la sensualidad: *“Se iba mi alma por las formas corpóreas”* (Confesiones IV, 15, 24) y *“amaba las hermosuras inferiores, y caminaba hacia el abismo, y decía a*

mis amigos: ¿Amamos por ventura algo fuera de lo hermoso? ¿Y qué es lo hermoso? ¿Qué es la belleza? ¿Qué es lo que nos atrae y aficiona a las cosas que amamos? Porque ciertamente que, si no hubiera en ellas alguna gracia y hermosura, de ningún modo nos atraerían hacia sí.” (Confesiones IV, 13, 20). Al estar disperso en la exterioridad del mundo, Agustín percibe que *“está sin apetito alguno de los manjares incorruptibles, no porque estuviera lleno de ellos, sino porque, cuanto más vacío, tanto más hastiado me sentía. Y por eso no se hallaba bien mi alma, y, llagada se arrojaba fuera de sí, ávida de restregarse miserablemente con el contacto de las cosas sensibles”* (Confesiones III, 1, 1).

La búsqueda de la felicidad a través de la realidad contingente en la satisfacción de los sentidos, el amor humano y la curiosidad, deja más inquieto el corazón de Agustín: *“En lo que pecaba yo entonces era en buscar en mí mismo y en las demás criaturas, no en él, los deleites, grandezas y verdades, por lo que caía luego en dolores, confusiones y errores”* (Confesiones I, 20, 31). Dolores, humillaciones y errores que son todo lo contrario de la felicidad buscada, harán que Agustín entre en sí mismo y tome conciencia de su realidad la cual no es solo cuerpo exterior, sino también un alma interior: *“Indaga qué es lo que en el placer corporal cautiva: nada hallarás fuera de la conveniencia; pues si lo que contraría engendra dolor, lo congruente produce deleite. Reconoce, pues, cuál es la suprema congruencia. No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, pero no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende.”* (La verdadera religión 39,72).

2. Interioridad: búsqueda de la felicidad con el corazón.

El paso a la interioridad es volver al corazón entendido, no sólo en su dimensión sentimental como hoy se utiliza en muchas conversaciones, sino en el sentido agustiniano plenamente espiritual: inteligencia, memoria y voluntad y apertura a la trascendencia: *“No es, pues, cierto que todos quieran ser felices, porque los que no quieren gozar de ti, que eres la única vida feliz, no quieren realmente la vida feliz. ¿O es acaso que todos la quieren, pero como la carne apetece contra el espíritu y el espíritu contra la carne para que no hagan lo que quieren, caen sobre lo que pueden y con ello se contentan, porque aquello que no pueden no lo quieren tanto cuanto es menester para poderlo? Porque, si yo pregunto a todos si por ventura querrían gozarse más de la verdad que de la falsedad, tan no dudarían en decir que prefieren gozar más de la verdad cuanto no dudan en decir que quieren ser felices. La vida feliz es, pues, gozo de la verdad, porque éste es gozo de ti, que eres la verdad, ¡oh Dios, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío! Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad. Muchos he tratado a quienes gusta engañar; pero que quieran ser engañados, a ninguno. ¿Dónde conocieron, pues, esta vida feliz sino allí donde conocieron la verdad? Porque también aman a ésta por no querer ser engañados, y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad, ciertamente aman la verdad; mas no la amaran si no hubiera en su memoria noticia alguna de ella. ¿Por qué, pues, no se gozan de ella? ¿Por qué no son felices? Porque se ocupan más intensamente en otras cosas que les hacen más miseros que felicidad les causa la vida feliz de la que solo guardan un leve recuerdo. Pues todavía hay un poco de luz en los hombres: caminen, caminen; no se les echen encima las tinieblas”* (Confesiones X, 23, 33).

La peregrinación en busca de la verdad a través de la razón con la cual el ser humano se eleva sobre los animales lleva a Agustín al maniqueísmo, secta filosófico-religiosa que le prometía dos

tranquilidades: la verdad por la sola razón sin necesidad de la fe y la paz del corazón al colocar la causa del mal y del sufrimiento fuera de la responsabilidad humana. El mal, el dolor y la muerte se presentaban a Agustín como lo más contrario a la felicidad y aunque buscaba su causa no quería asumir en ella ninguna responsabilidad. La secta maniquea le ofrecía esta tranquilidad al afirmar que el desorden y sufrimiento era consecuencia de la lucha en todo el universo y, especialmente, en el interior del hombre, entre el principio del bien y el del mal origen de toda la realidad. Esta irresponsabilidad moral tuvo un tiempo entretenido a Agustín hasta que su razón fue desmontando la falacia maniquea: *“E indagué qué cosa era la iniquidad, y no hallé que fuera sustancia, sino la perversidad de una voluntad que se aparta de la suma sustancia, que eres tú, oh Dios, y se inclina a las cosas ínfimas, y arroja sus intimidades, y se hincha por fuera”* (Confesiones VII, 16, 22).

Peregrinando en busca de la felicidad, Agustín descubre en su interior la diferencia entre lo bueno y lo placentero y entre el mal y el sufrimiento. Tanto el placer como el sufrimiento no son malos por ser señales que indican el buen camino o el errado: *“Una cosa es querer vivir bien o mal, y otra muy distinta es merecer algo en virtud de la buena o mala voluntad. En efecto, los que son felices —y para serlo es necesario que sean también buenos— no lo son precisamente porque hayan querido vivir una vida feliz, pues esto lo quieren también los malos, sino porque han querido vivir bien o rectamente, cosa que no quieren los malos. Por eso no es de extrañar que los hombres desventurados no alcancen lo que quieren, es decir, una vida feliz, ya que, a su vez, no quieren lo que le es inherente y sin lo cual nadie se hace digno de ella y nadie la consigue, a saber, el vivir según la razón. Esto ha establecido con firmeza inmovible aquella ley eterna, a cuya consideración es ya tiempo que volvamos, a saber, que de parte de la voluntad esté el mérito, y que el premio y el castigo consistan en la felicidad y en la infelicidad. Así que, cuando decimos que los hombres son infelices por su propia voluntad, no queremos significar que quieran ser desgraciados, sino que son de una voluntad tal, que a ella sigue necesariamente la desgracia, aun sin buscarla ellos. [...] porque en realidad no todos quieren vivir rectamente, y es a esta voluntad de vivir rectamente a la que se debe la vida feliz.”* (Libre albedrio I, 14, 30). Concluye Agustín que lo placentero, si no es bueno trae después el sufrimiento: *“Así que de los que no obraban bien, tú sacabas bien para mí; y de mis pecados, mi justa retribución porque tú has ordenado, y así es, que todo ánimo desordenado sea castigo de sí mismo”* (Confesiones I, 12, 19). De esta reflexión procede la frase agustiniana que ha pasado a la sabiduría popular: *“En el pecado está la penitencia”*.

El camino que lleva a la felicidad es, pues, la recta razón que se abre a la trascendencia de la Verdad sin dejarse engañar por el placer o el sufrimiento inmediato: *“Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios en ellos y revierte tu amor sobre su artífice, no sea que le desagrades en las mismas cosas que te agradan. Si te agradan las almas, ámalas en Dios, porque, si bien son mudables, fijas en él, permanecerán; de otro modo desfallecerían y perecerían. Ámalas, pues, en él y arrastra contigo hacia él a cuantos puedas y diles: ‘A éste amemos’; Él es el que ha hecho estas cosas y no está lejos de aquí. Porque no las hizo y se fue, antes de Él proceden y en Él están. Pero he aquí que Él está donde se gusta la verdad: en lo más íntimo del corazón; pero el corazón se ha alejado de Él. Volved, pues, prevaricadores, al corazón y adheríos a Él, que es vuestro Hacedor. Estad con Él, y permaneceréis estables; descansad en Él, y estaréis tranquilos. ¿Adónde vais por ásperos caminos, adónde vais? El bien que amáis, de Él proviene, pero sólo en cuanto a Él se refiere es bueno y suave; pero justamente será amargo si, abandonado Dios, injustamente se amase lo que de Él procede. ¿Por qué andáis aún todavía por caminos difíciles y trabajosos? No está el descanso donde lo buscáis. Buscad lo que*

buscáis, pero sabed que no está donde lo buscáis. Buscáis la vida en la región de la muerte: no está allí. ¿Cómo encontrar vida feliz donde no hay vida siquiera?” (Confesiones IV, 12, 18).

En la interioridad del corazón percibe Agustín el deseo de plenitud y eternidad que viene contrariado por los sufrimientos y la muerte: *“Hay dos vidas: una la del cuerpo, y la otra la del alma. Así como la vida del cuerpo es el alma, así la vida del alma es Dios; y lo mismo que si el alma se ausenta, muere el cuerpo, así también el alma muere si le falta Dios. En esto consiste su gracia: en que Dios nos resucite, y permanezca con nosotros. Y precisamente porque nos resucita de nuestra muerte pretérita, y nos da, en cierto modo, una nueva vida, es por lo que le decimos: Oh Dios, me has instruido desde mi juventud. Y porque no se aparta de los que resucita, para que no mueran, le decimos también: Y hasta ahora publico tus maravillas; porque cuando tú permaneces conmigo, yo vivo, y tú eres la vida de mi alma, que moriría si la abandonas.”* (Comentario a los salmos, 70 I, 3). *“Tú eres la vida de las almas, la vida de las vidas, que vives por ti misma y no te cambias: la vida de mi alma.”* (Confesiones III, 6, 10). La interioridad no es, pues, la etapa final como puede darse a entender en algunas presentaciones de la espiritualidad agustiniana, sino la etapa transitoria que abre la puerta de la trascendencia.

3. Trascendencia: búsqueda de la felicidad con Dios.

La insatisfacción del corazón y el descubrimiento en él de una realidad más elevada hacen que Agustín se abra a la trascendencia. Es la tercera etapa de la peregrinación, es una subida al monte, la apertura a Dios que se presenta como la meta final, pues, además de ofrecer la sabiduría deja tocar la vida eterna: *“Esa cosa que yendo el alma en busca de ella la hace sabia y virtuosa es el hombre sabio o el mismo Dios. Pero ya se dijo que este bien debe ser de tal naturaleza, que no se nos pueda arrebatarse contra nuestra voluntad. ¿Y quién duda que el hombre sabio, aun en el supuesto que nos baste la dirección hacia él, se nos puede arrebatarse sin nuestro consentimiento y aun a pesar de nuestra resistencia? Esta otra cosa, pues, es Dios, y nada más; tendiendo hacia Él, vivimos una vida santa; y si lo conseguimos, será una vida, además de santa, feliz y bienaventurada.”* (De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos I, 6, 10).

Agustín descubre que para llegar a la meta de la vida feliz no es suficiente el caminar con el querer humano, necesita el camino, la verdad y la vida que Dios le ofrece: *“Si quieres llegar a la vida. No le hablé de la vida feliz, puesto que a la infeliz ni siquiera se la ha de llamar vida. Tampoco le hablé de la vida eterna, porque donde existe el temor de la muerte, tampoco se puede hablar de vida. Por tanto, vida, la que es digna de ser llamada por este nombre, no es más que la feliz. Y no es feliz sino la eterna. Esta verdad y esta vida es la que quieren, la que queremos todos. Pero ¿por dónde se va a tan gran posesión, a tan gran felicidad? Los filósofos se inventaron las vías del error. Unos dijeron: ‘Por aquí’; otros: ‘No por aquí, sino por allí’. Les quedó oculto el camino porque Dios resiste a los soberbios. Nos estaría oculto también si no hubiera venido a nosotros. Por esto dijo el Señor: Yo soy el camino. ¡Viandante perezoso!, puesto que no querías venir al camino, vino el camino a ti. Buscabas por donde ir: Yo soy el camino. Buscabas a donde ir: Yo soy la verdad y la vida. No te extraviarás si vas a él por él. Esta es la enseñanza de los cristianos, que en ningún modo ha de compararse, sino que incomparablemente ha de preferirse a las doctrinas de los filósofos: a la inmundicia de los epicúreos y a la soberbia de los estoicos.”* (Sermón 150, 10). Después de mucho tiempo peregrinando por caminos tortuosos, Agustín reconoce en la Iglesia católica, Cuerpo de Cristo el único medio para ir

hacia Dios y mantenerse en Él: *“Tenemos, pues, que correr y que correr por el camino. Quien corre fuera del camino corre en vano; más aún, sólo corre para fatigarse. Fuera de él, cuanto más corre, más se extravía. ¿Cuál es el camino por el que corremos? Cristo lo dijo: Yo soy el camino. ¿Cuál es la patria a donde nos dirigimos? Cristo dijo: Yo soy la verdad. Por Él corres, hacia Él corres, en Él hallas el descanso. Mas para que corramos por Él, se extendió hasta nosotros, pues nos hallábamos lejos, peregrinos muy distantes de la patria. Es poco decir que éramos peregrinos muy distantes de la patria. Por estar débiles no podíamos movernos. Vino el médico a visitar a los enfermos, ofreció el camino, se alargó hasta los peregrinos. Dejémonos salvar por Él, caminemos por Él. Creer que Jesús es Dios equivale a creer como creen los cristianos que no lo son sólo de nombre, sino con los hechos y la vida, no como creen los demonios.”* (Tratado sobre la primera carta de san Juan X, 1).

En conclusión, la felicidad que consiste en la posesión de Dios se tiene y no se tiene; mientras se peregrina por la vida se es feliz en esperanza manteniendo a Dios en el corazón *“desde que te conocí no me he olvidado de ti. Porque allí donde hallé la verdad, allí encontré a mi Dios, la misma verdad, la cual no he olvidado desde que la conocí. Así, pues, desde que te conocí, permaneces en mi memoria y aquí te hallo cuando me acuerdo de ti y me deleito en ti.”* (Confesiones X, 24, 35); para que *“después de nuestras obras, muy buenas porque tú nos las has donado, descansaremos en ti el sábado de la vida eterna”* (Confesiones XIII, 36, 51; 35, 50).

II. Las tres brújulas para el camino

Después de haber llegado a Dios como meta de la peregrinación, ahora es oportuno saber qué guía y cómo se realiza la peregrinación. Agustín presenta el amor como *“un movimiento, y no hay movimiento alguno sino hacia algo, cuando buscamos aquello que debe ser amado, estamos buscando qué es aquello hacia lo cual nos conviene movernos.”* (Ochenta y tres cuestiones diversas 35, 1), y este amor o movimiento en el que todos concuerdan es *“querer gozar, gozo al cual llaman vida feliz. Y así, aunque uno la alcance por un camino y otro por otro, uno es, sin embargo, el término adonde todos se empeñan por llegar: gozar.”* (Confesiones X, 21, 31). La universalidad de la inquietud en busca de la felicidad, la justifica Agustín diciendo que es un deseo de Dios depositado por Él mismo en el corazón humano: *“Quiere alabarte el hombre, una partícula de tu creación. Tú le excitas para que se deleite en alabarte, porque nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.”* (Confesiones I, 1, 1).

El deseo de plenitud y felicidad es por tanto el motor de la peregrinación y al mismo tiempo un don de Dios: *“En tu Don descansamos: allí te gozamos. Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos levanta a allí y tu Espíritu bueno exalta nuestra humildad de las puertas de la muerte. Nuestra paz está en tu buena voluntad. El cuerpo por su peso tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. El fuego tira hacia arriba, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. [...] Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: se ordenan y descansan. Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado. Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: nos enardecemos y caminamos; subimos las ascensiones dispuestas en nuestro corazón y cantamos el Cántico de los grados. Con tu fuego, sí, con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia “la paz de Jerusalén”, porque me he deleitado de las cosas que aquéllos me dijeron: Iremos a la casa del Señor. Allí nos colocará la buena voluntad, para que no queramos más que permanecer eternamente allí”* (Confesiones XIII, 9, 10).

En su primera etapa del camino Agustín hace una autoevaluación y se presenta como un adolescente bueno y lleno de deseos y capacidades para realizar la peregrinación: *“Entonces, era, vivía, sentía y tenía cuidado de mi integridad, vestigio de tu secretísima unidad, por la cual existía. Guardaba con el sentido interior la integridad de mis otros sentidos y me deleitaba con la verdad en los pequeños pensamientos que sobre cosas pequeñas formaba. No quería me engañasen, tenía buena memoria y me iba instruyendo con la conversación. Me deleitaba la amistad, huía del dolor, humillación e ignorancia. ¿Qué hay en un viviente como éste que no sea digno de admiración y alabanza? Pues todas estas cosas son dones de mi Dios, que yo no me los he dado a mí mismo. Y todos son buenos y todos ellos soy yo. Bueno es el que me hizo y aun él es mi bien; a él quiero ensalzar por todos estos bienes que integraban mi ser de niño. En lo que pecaba yo entonces era en buscar en mí mismo y en las demás criaturas, no en él, los deleites, grandezas y verdades, por lo que caía luego en dolores, confusiones y errores.”* (Confesiones I, 20, 31).

En este autorretrato reconoce las tres inquietudes o apetitos (cupiditas) naturales en principio buenos y saludables porque le mueven hacia la meta de plenitud: la huida del dolor, de la humillación y de la ignorancia; que puestas en positivo son la **búsqueda del placer (deleites), de la alabanza (Grandezas) y el conocimiento (verdades)**. Creo que todo ser humano coincide con Agustín en estas inclinaciones o deseos, aunque a lo largo de la vida humana cambien el orden y la intensidad prevaleciendo, en algunos momentos, una sobre las otras.

La meta buscada tiene que satisfacer y pacificar, pues, estas tres apetencias: *“La paz del cuerpo es el orden armonioso de sus partes. La paz del alma irracional es la ordenada quietud de sus apetencias. La paz del alma racional es el acuerdo ordenado entre pensamiento y acción. La paz entre el alma y el cuerpo es el orden de la vida y la salud en el ser viviente. La paz del hombre mortal con Dios es la obediencia bien ordenada según la fe bajo la ley eterna.”* (La ciudad de Dios, XIX, 13, 1).

Presento ahora los tres grandes deseos que guiaron a Agustín en su camino.

1. Búsqueda de los deleites.

Fácil sería la peregrinación teniendo claro, no solo el deseo de la meta, sino también las indicaciones para el trayecto, la fuerza para caminar y la determinación de llegar; pero a lo largo del camino salen al encuentro del viandante muchas realidades que se presentan falsamente como meta final: *“Me retenían frivolidades de frivolidades y vanidades de vanidades, antiguas amigas mías, tirándome del vestido de la carne, y me decían por lo bajo: ‘¿Nos dejas?’ Y ‘¿desde este momento no estaremos contigo por siempre jamás?’ Y ‘¿desde este momento nunca más te será lícito esto y aquello?’ ¡Y qué cosas, Dios mío, qué cosas me sugerían con las palabras esto y aquello! Por tu misericordia aléjalas del alma de tu siervo. ¡Oh, qué suciedades me sugerían, qué indecencias!”* (Confesiones VIII, 11, 26).

Estas distracciones engañan a la voluntad y, en lugar de buscar la salud y la integridad del cuerpo, el primer apetito se orienta a la búsqueda del placer del cuerpo; el segundo, en lugar de buscar la Verdad se pierde en la curiosidad de las cosas vanas; y el tercer apetito, que debería dirigir el hombre a la plenitud de su ser, queda preso del deseo de prevalecer soberbiamente sobre los otros. Agustín, en su madurez, identifica estos tres deseos con las tres concupiscencias presentadas por San Juan (Cf. 1Jn 2,17): concupiscencia a de la carne *“que radica en la delectación de todos los sentidos y voluptuosidades”* (Confesiones X, 35, 54); la *“vana y curiosa concupiscencia, disimulada con el nombre de conocimiento y ciencia, que radica en el alma a través de los mismos sentidos del cuerpo, y que consiste no en deleitarse en la carne, sino en experimentar cosas por la carne. La cual, como*

radica en el apetito de conocer y los ojos ocupan el primer puesto entre los sentidos en orden a conocer, es llamada en el lenguaje divino concupiscencia de los ojos” (Confesiones, X, 35, 54-55); y la soberbia de la vida es el “tercer género de tentación, que consiste en querer ser temido y amado de los hombres no por otra cosa sino por conseguir de ello un gozo que no es gozo. ¡Mísera vida es y fea jactancia! De aquí proviene principalmente el que no se te ame ni tema castamente, y tú resistas a los soberbios y des tu gracia a los humildes.” (Confesiones X, 36, 59).

1. 1. Deseo: Placer del cuerpo.

Toda peregrinación requiere el reconocimiento del terreno por el cual se camina y disponer de indicadores que ayuden a descubrir y alcanzar la meta. Agustín, buen observador de su realidad fija su mirada inicialmente en el comportamiento de los niños y percibe que sus acciones están movidas por el deseo de satisfacer sus necesidades corporales fundamentales *“entonces lo único que sabía era mamar, aquietarme con los halagos, llorar las molestias de mi carne y nada más” (Confesiones I, 6, 7).*

Deseo, querer, amor, caridad son términos muy equivalentes en el actual lenguaje, y de alguna manera todos coinciden en ser fuerza que actúa en busca de aquello que de alguna manera satisfaga las inquietudes de la persona. Esta satisfacción se manifiesta como placer, gozo, paz o felicidad. Desear no es malo ni bueno en sí mismo, sino que su bondad o maldad dependen de las consecuencias de la realidad amada. Así lo explicaba Agustín a su iglesia de Hipona: *“Dilectio y amor son dos términos latinos que significan amor, pero entre ellos hay diferencias: Mientras amor se refiere al amor carnal, dilectio se emplea cuando el amor tiene por objeto realidades superiores. Pero este empleo no es absoluto. También amor se usa en acepción positiva.” (Tratados sobre la primera carta de San Juan, VIII, 5).*

Los amores o deseos inicialmente buenos por estar orientados a la satisfacción de las necesidades de la persona durante su peregrinación se corrompen cuando se dejan distraer de falsas metas que ofrecen una felicidad inmediata pero efímera: *“Hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme de las cosas más bajas, y osé asilvestrarme con varios y sombríos amores, y se marchitó mi hermosura, y me volví podredumbre a tus ojos por agradarme a mí y desear agradar a los ojos de los hombres” (Confesiones II, 1, 1).* Agustín narra el robo de las peras realizado con sus amigos para mostrar hasta qué punto llega la perversión del querer, pues no buscaba ya el placer en el goce de las cosas sino en el mismo mal: *“Siendo nuestro deleite hacer aquello que nos placía por el hecho mismo de que nos estaba prohibido.” (Confesiones II, 4, 9).*

La exuberante sensualidad de Agustín caminaba adicto a los placeres efímeros: *“Poseía mi querer el enemigo, y de él había hecho una cadena con la que me tenía aprisionado. Porque de la voluntad perversa nace el apetito, y del apetito obedecido procede la costumbre, y de la costumbre no contradicha proviene la necesidad; y con estos a modo de anillos enlazados entre sí —por lo que antes la llamé cadena— me tenía aherrojado en dura esclavitud” (Confesiones VIII, 5, 10).* Y esta situación no le traía el sosiego deseado: *“Yo, miserable, pospuesto tú, me convertí en un hervidero, siguiendo el ímpetu de mi pasión, y traspasé todos tus preceptos, aunque no evadí tus castigos; y ¿quién lo logró de los mortales? Porque tú siempre estabas a mi lado, ensañándote misericordiosamente conmigo y rociando con amarguísimas contrariedades todos mis goces ilícitos para que buscara así el gozo sin pesadumbre y, cuando yo lo hallara, en modo alguno fuese fuera de ti, Señor; fuera de ti, que finges*

dolor en mandar, y hieres para sanar, y nos das muerte para que no muramos sin ti.” (Confesiones II, 2, 4).

1. 2. Amor: Gozo del alma.

La búsqueda de la felicidad a través de los sentidos corporales ha llevado a Agustín a mayores inquietudes. Lo cual le hace cuestionarse sobre la meta de sus deseos: *“¿Cuál es el sumo bien del cuerpo? La recta razón nos obliga a reconocer que es aquello que le comunica su mayor perfección y felicidad. Pero nada de lo que le da vida, vigor y fuerza es mejor y más excelente que el alma. El sumo bien del cuerpo no es, pues, ni el placer, ni la falta del dolor, ni la fuerza, ni la belleza, ni la agilidad, ni nada corporal, sino sólo el alma. Ella es, en efecto, la que con su presencia comunica al cuerpo todo lo que acabo de decir, y, además, la vida, que es mejor que todo.”* (De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos I, 5, 7). Así Agustín reconoce que debe poner un orden en su amor: *“La belleza del cuerpo, bien creado ciertamente por Dios, pero al fin temporal, carnal, ínfimo, es amado de modo indebido, dejando en segundo término a Dios, bien eterno, interno, sempiterno; como, dejada la justicia, es amado el oro por los avaros, sin culpa alguna del oro, sino del hombre. Lo mismo ocurre con toda criatura: siendo buena, puede ser amada con buen o con mal amor: con el bueno si se ama debidamente; con el malo si con desorden. [...] El mismo amor que nos hace amar bien lo que debe ser amado, debe ser amado también ordenadamente, a fin de que podamos tener la virtud por la que se vive bien. Por eso me parece una definición breve y verdadera de la virtud: el orden del amor. Según esto, canta en el Cantar de los Cantares la esposa de Cristo, la ciudad de Dios: Ordenad en mí la caridad. Trastornado, pues, el orden de la caridad, esto es, de la estimación y del amor, los hijos de Dios lo dejaron a Él, y amaron a las hijas de los hombres. Con esos dos nombres quedan bien distinguidas las dos ciudades.”* (La ciudad de Dios, XV, 22).

Debe ahora interpretar el mapa de su corazón: *“Grande abismo es el hombre, cuyos cabellos tienes tú, Señor, contados, sin que se pierda uno sin tú saberlo; y, sin embargo, más fáciles de contar son sus cabellos que sus afectos y los movimientos de su corazón”.* (Confesiones IV, 14, 22). Ante la dificultad del discernimiento de sus amores, tiene la tentación de reprimir los afectos del corazón lo cual no es posible ni saludable: *“¿Acaso se os dice que no améis nada? De ninguna manera. Seréis perezosos, estaréis muertos, seréis detestables, desgraciados, si no amáis nada. Amad, sí, pero mirad bien lo que amáis. El amor a Dios, el amor al prójimo, se llama caridad; el amor al mundo, el amor a este siglo, se llama codicia. Frénese la codicia, excítese la caridad. Porque la caridad del que obra bien le da la esperanza de una buena conciencia, ya que la esperanza lleva consigo una buena conciencia. Y lo mismo que la mala conciencia cae en una total desesperación, así la buena conciencia está colmada de esperanza.”* (Comentarios a los Salmos 31, II, 5).

Agustín aprende que el corazón tiene unos deleites diferentes a los placeres de sus sentidos: *“el deleite del corazón humano, del corazón fiel y santo, no está en el placer, pues no admite comparación con el otro, ni siquiera para decir que es menor. Al decir «es menor» parece darse a entender que, aumentado, será igual al otro. No quiero decir que es menor, pues no lo comparo; es de otra especie, es cosa muy distinta. ¿Por qué ahora estáis todos atentos, todos escuchando, todos en tensión? ¿Por qué os deleitáis cuando se os dice alguna verdad? ¿Qué habéis visto? ¿Qué captasteis? ¿Qué color se hizo presente a vuestros ojos? ¿Qué forma, qué figura, qué estatura, qué compostura de los miembros, qué hermosura corporal? Ninguna de estas cosas; no obstante, la amáis. ¿Cuándo la*



alabaríais así, si no la amaseis? ¿Cómo la amaríais, si no la vieseis? Sin que yo os haya mostrado forma alguna, ni composturas, ni color ni movimientos elegantes del cuerpo, sin que yo os los haya mostrado, no obstante eso, vosotros la veis, la amáis y la alabáis. Si este deleite de la verdad es dulce ahora, mucho más dulce será entonces.” (Sermón 179, 6).

Como todo ser humano, Agustín se sirve de los bienes encontrados en el camino para satisfacer sus necesidades corporales y espirituales para poder seguir caminando, por esto debe aprender a diferenciar su utilidad: *“Unas cosas sirven para gozar de ellas, otras para usarlas y algunas para gozarlas y usarlas. Aquellas con las que nos gozamos nos hacen felices; las que usamos nos ayudan a tender hacia la felicidad y nos sirven como de apoyo para poder conseguir y unirnos a las que nos hacen felices. [...] Gozar es adherirse a una cosa por el amor de ella misma. Usar es emplear lo que está en uso para conseguir lo que se ama, [...] siendo peregrinos que nos dirigimos a Dios en esta vida mortal, si queremos volver a la patria donde podemos ser felices, hemos de usar de este mundo, mas no gozarnos de él, a fin de que, por medio de las cosas creadas, contemplemos las invisibles de Dios, es decir, para que, por medio de las cosas temporales, consigamos las espirituales y eternas.”* (La Doctrina cristiana I, 3, 3 - 4, 4). En la tarea del discernimiento, el ser humano *“como está dotado de un alma racional, todo aquello que de común tiene con las bestias lo somete a la paz del alma racional, y de esta forma primero percibe algo con su inteligencia, y luego obra en consecuencia con ello, de manera que haya un orden armónico entre pensamiento y acción, que es lo que hemos llamado paz del alma racional. Para lograrlo debe aspirar a sentirse libre del impedimento del dolor, de la turbación del deseo y de la corrupción de la muerte. Así, cuando haya conocido algo conveniente, sabrá adaptar su vida y su conducta a este conocimiento. Pero dada la limitación de la inteligencia humana, para evitar que en su misma investigación de la verdad caiga en algún error detestable, el hombre necesita que Dios le enseñe. De esta forma, al acatar su enseñanza, estará en lo cierto, y con su ayuda se sentirá libre. Pero como todavía está en lejana peregrinación hacia el Señor todo el tiempo que dure su ser corporal y perecedero, le guía la fe, no la visión. Por eso, toda paz corporal o espiritual, o la mutua paz entre alma y cuerpo es con vistas a aquella paz que el hombre durante su mortalidad tiene con el Dios inmortal para tener así la obediencia bien ordenada según la fe bajo la ley eterna.”* (La ciudad de Dios, XIX, 14).

Agustín, a través del discernimiento de sus amores, ha encontrado el camino verdadero hacia el gozo del alma, pero descubre que no es suficiente; ahora debe activar su voluntad para peregrinar por el nuevo camino descubierto y en esto encuentra gran dificultad por tener su voluntad dividida: por un lado, quiere la meta encontrada y, por otro, desea el deleite del cual está preso por la costumbre: *“Porque la nueva voluntad que había empezado a nacer en mí de servirte gratuitamente y gozar de ti, ¡oh Dios mío!, único gozo cierto, todavía no era capaz de vencer la primera, que con los años se había hecho fuerte. De este modo las dos voluntades mías, la vieja y la nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí y discordando destrozaban mi alma.”* (Confesiones VIII, 5, 10). La indecisión es uno de los sufrimientos del peregrino: *“No quería plenamente ni plenamente no quería, por eso contendía conmigo y me destrozaba a mí mismo.”* (Confesiones VIII, 10, 22).

En el camino aparecen muchas circunstancias desfavorables y se hace patente el cansancio, por lo cual la peregrinación requiere un amor unificado y firme animado por el gozo futuro de la meta: *“Está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y a él solo servirás. Observando este modo de proceder, careceréis de la concupiscencia del mundo; al carecer de la concupiscencia del mundo, no os dominará ni el deseo de la carne, ni el deseo de los ojos, ni la ambición mundana, y haréis espacio a la caridad que*



llega a vosotros para que améis a Dios. Puesto que, si estuviese allí presente el amor del mundo, no lo estará el amor de Dios. Aferrad más bien el amor de Dios a fin de que, como Dios es eterno, también vosotros permanezcáis eternamente, pues cada cual es según es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué puedo decir? ¿Qué serás Dios? No me atrevo a decirlo por mi propia autoridad. Escuchemos las Escrituras: Yo dije: dioses sois e hijos del Altísimo todos. Por tanto, si queréis ser dioses e hijos del Altísimo, no améis el mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama el mundo, la caridad del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos y ambición mundana que no proviene del Padre, sino del mundo, es decir, de los hombres que aman el mundo. Pero el mundo y todas sus concupiscencias pasan, mas quien hace la voluntad de Dios permanece para siempre como también Dios permanece para siempre.” (Tratados sobre la primera carta de San Juan 2, 14).

Como todo ser humano Agustín experimenta la dificultad de mantener su voluntad imperturbable en la meta final, entonces es cuando busca ayuda: *“Duro y pesado parece el precepto del Señor: quien quiera seguirle ha de negarse a sí mismo. Pero no es duro ni pesado lo que manda el que ayuda a hacer lo que manda. Pues también es cierto lo que se le dice en el salmo: Por las palabras de tus labios he seguido ásperos caminos. Y es verdadero también lo que dijo él mismo: Mi yugo es suave y mi carga ligera. La caridad convierte en suave lo que los preceptos tienen de duro. Sabemos qué grandes cosas hace el amor.” (Sermón 96, 1).* El amor a Cristo es la fuerza para el camino y garantía para llegar a la meta: *“¿Qué premio nos promete, por tanto, Cristo el Señor cuando nos exhorta a que le amemos? El cumplimiento de lo que pide al Padre: Quiero que donde esté yo, estén también estos conmigo. ¿Quieres estar donde está Cristo? Ama a Cristo y con ese peso te arrastrará al lugar donde se halla Cristo. Y esa realidad que tira o arrebatada hacia arriba no te dejará caer al fondo. No busques otros mecanismos para subir: si amas, te esfuerzas; si amas, eres arrebatado, y si amas, llegas. En efecto, te esfuerzas cuando combates contra un amor inmundo, eres arrebatado cuando vences, llegas cuando eres coronado. ¿Quién me dará —dice cierto amante— alas como de paloma y volaré y descansaré? Aún buscaba alas, aún no las tenía y por eso gemía; aún no se regocijaba, aún peleaba, aún no era arrebatado.” (Sermón 65A, 1).*

Agustín recuerda que su respuesta de firme amor a Dios ha sido porque Dios le ha amado primero: *“¿Cuál ha sido en realidad la razón más grande para la venida del Señor si no es el deseo de Dios de mostrarnos su amor, recomendándolo tan vivamente? Porque, cuando todavía éramos enemigos, Cristo murió por nosotros. Y esto porque el fin del precepto y la plenitud de la ley es la caridad, a fin de que nosotros también nos amemos unos a otros, y así como él dio su vida por nosotros, también nosotros demos la nuestra por los hermanos. Y porque Dios nos amó primero y no perdonó la vida de su Hijo único, sino que lo entregó por todos nosotros, si antes nos costaba amarle, ahora al menos no nos cueste corresponder a su amor. No hay ninguna invitación al amor mayor que adelantarse en ese mismo amor; y excesivamente duro es el corazón que, si antes no quería ofrecer su amor, no quiera luego corresponder al amor.” (Catequesis a principiantes, 4, 7).*

La peregrinación se realiza ahora más fácilmente dejándose querer y queriendo, en la unión de la gracia divina y de la libertad humana: *“Corrí —dice— el camino de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón. Es decir, no lo hice por mi propio querer, como si no necesitase de ningún auxilio tuyo, sino que lo ejecuté cuando ensanchaste mi corazón. El ensanchamiento del corazón es el deleite de la justicia; y éste es un don que Dios nos concede para que no nos encojamos en sus preceptos por el temor de la pena, sino que nos ensanchemos con el amor y la complacencia de la justicia. Este*

ensanchamiento de él nos lo promete cuando dice: Habitaré en ellos y andaré en medio de ellos. ¡Qué ancho es el lugar en donde Dios pasea! En esta anchura se difunde la caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado.” (Comentario a los salmos 118, 10, 6).

1. 3. Caridad: Deleite en Dios.

Por fin Agustín vislumbra la meta de la peregrinación al percibir a Dios que le llama e ilumina, le atrae con su perfume, gusto y abrazo: *“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y ved que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no lo estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz”* (Confesiones X, 27, 38). Desde su experiencia dominada por los sentidos del cuerpo, Agustín se pregunta qué ama cuando ama Dios y responde con una imagen muy sensual para indicar que Dios satisface todas las necesidades humanas del cuerpo y del alma: *“¿Qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos, no dulces melodías de toda clase de cantilenas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas; no manás ni mieles, no miembros gratos a los abrazos de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto abrazo, cuando amo a mi Dios, luz, voz, fragancia, alimento y abrazo del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que no comprende el lugar, y suena lo que no arrebató el tiempo, y huele lo que el viento no esparce, y se gusta lo que no se consume comiendo, y se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.”* (Confesiones X, 6, 8). Ahora ya tiene claro el camino y la meta de la felicidad: *“Buscar a Dios es ansia o amor de la felicidad, y su posesión la felicidad misma. Con el amor se le sigue y se le posee, no identificándose con Él, sino uniéndose a Él con un modo de contacto admirable e inteligible, totalmente iluminado el ser y preso con los dulces lazos de la verdad de la santidad. El solo es la luz misma; nuestra luz es iluminación suya. El camino de la felicidad es el primero y principal precepto del Señor: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con todo tu espíritu.”* (De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos I, 11, 18).

La experiencia de Dios que tiene Agustín se lo participa a su pueblo indicándoles unos criterios ciertos para conocer la meta, porque Dios es invisible a los ojos: *“A Dios nadie le ha visto nunca. Considerad esto, amadísimos. Si nos amamos unos a otros, Dios permanecerá en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. Comienza a amar, alcanzarás la perfección. ¿Comenzaste a amar? Dios comenzó a habitar en ti; ama al que empezó a habitar en ti, para que, morando más plenamente, te lleve a alcanzar la plenitud. En esto conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros, en que nos ha dado participar de su Espíritu. Estupendamente, demos gracias a Dios. Conocemos que habita en nosotros. ¿Y cómo sabemos que conocemos que habita en nosotros? El mismo Juan dijo: Porque nos ha dado participar de su Espíritu. ¿Cómo sabemos que nos ha dado participar de su Espíritu? Pregunta a tu corazón; si está lleno de caridad, tienes el Espíritu de Dios. ¿Cómo conocemos que es ése el criterio para saber si el Espíritu de Dios habita en ti? Interroga al apóstol Pablo: Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado”* (Tratados sobre la primera carta de San Juan, VIII, 12).



Amar a Dios es el amor de caridad que no olvida los otros amores, pero que los ordena como Dios quiere: *“Pensad absolutamente siempre que hay que amar a Dios y al prójimo: a Dios con el corazón entero, con el alma entera y con la mente entera, y al prójimo como a sí mismo. Siempre hay que pensar en esto, meditarlo, retenerlo, practicarlo, cumplirlo. El amor a Dios es primero en el orden de lo preceptuado; el amor al prójimo, en cambio, es primero en el orden de la acción, pues quien mediante los dos preceptos te preceptuó ese amor, no te iba a encomendar primero al prójimo y después a Dios, sino primero a Dios, después al prójimo. En cambio, tú, porque todavía no ves a Dios, amando al prójimo mereces verlo; amando al prójimo purgas el ojo para ver a Dios, pues Juan dice evidentemente: Si no quieres al prójimo al que ves, ¿cómo podrás querer a Dios a quien no ves? He aquí que se te dice: quiere a Dios. Si me dices: «Muéstrame a quién querer», ¿qué te responderé sino lo que asevera Juan mismo: Nadie ha visto nunca a Dios? Pero no debes creerte totalmente excluido de ver a Dios: Dios, afirma, es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios. Quiere, pues, al prójimo y en ti mira la fuente del amor al prójimo; como puedas, verás allí a Dios. Comienza, pues, a querer al prójimo.”* (Tratados sobre el Evangelio de San Juan, XVII, 8).

Otra señal que indica el tránsito por el buen camino de Dios es cuando el corazón se llena de un gozo desbordante que se trasmite a los demás por palabras y obras: *“Anunciad a Cristo donde podáis, a quien podáis y cuando podáis. Se os pide la fe, no la elocuencia; hable en vosotros la fe, y será Cristo quien hable. Pues, si tenéis fe, Cristo habita en vosotros. Habéis escuchado el salmo: Creí, y por eso hablé. No pudo creer y quedarse callado. Es ingrato para con quien le llena a él el que no da; todos deben dar de aquello de lo que han sido llenados. En él nace una fuente tal que conoce el manar, pero no el secarse: Se originará en él una fuente de agua que salta hasta la vida eterna. Le anunciáis con seguridad, porque de la fuente de la verdad no mana la mentira; lo que tenéis en la lengua lo habéis recibido.”* (Sermón 260E, 2).

Pero también es verdad que, mientras no se ha llegado a la meta definitiva, aunque se esté en el camino verdadero hay que discernir siempre la tranquilidad y gozo producido por las obras porque en ellas puede insinuarse la soberbia que tanto sufrió Agustín. Él avisa que es necesario seguir caminando, pero discerniendo los motivos por los cuales se camina: *“Ved también cuántas obras lleva a cabo el orgullo; considerad en vuestro interior cuán semejantes son las obras que él hace y las que hace la caridad; son casi iguales. Da de comer al hambriento la caridad, también le da el orgullo; la caridad para alabanza de Dios, el orgullo para alabanza propia. Viste la caridad al desnudo, también le viste el orgullo; ayuna la caridad, ayuna también el orgullo; da sepultura a los muertos la caridad, también se la da el orgullo. Todas las obras buenas que quiere ejecutar y ejecuta la caridad, las dirige contra ella el orgullo y las conduce como si fueran sus corceles. [...] Volved, pues, a vuestro interior, hermanos y en todo lo que hagáis mirad que tenéis a Dios por testigo. Si Él os ve, examinad con qué intención obráis. Si vuestro corazón no os acusa de obrar por ostentación, estad seguros. Mas no temáis que os vean cuando obráis bien; teme obrar para que te alaben, pues ¡ojalá te vea otro y así alabe a Dios! En efecto, si escondes tus buenas obras a los ojos de los hombres, impides que las imiten y privas de gloria a Dios.”* (Tratados sobre la primera carta de San Juan, VIII, 9).

Sobre el autor: P. Pedro Morais Antón, OSA

El P. Pedro Luis Morais Antón es religioso agustino y sacerdote.

Licenciado en Teología Espiritual. Actualmente es profesor de Teología Espiritual en el Estudio Teológico de Valladolid y profesor de Religión en el Colegio San Agustín de Calahorra.